

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 187

25 cts

16 SETIEMBRE
1928



- OYE PINOCHO, SI TE PUSIERAN A TIDE BADAJO EN LA CAMPANA AQUELLA ¿A QUIEN TE PARECERÍAS?
— HOMBRE, NO SE.....
— PUES A UN PLATO DE JUDIAS, PORQUE NO SON-ABAS.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación)

Godunov se dispuso a darle a María una lección provechosa.

Y la lección debió ser bien recibida, porque al día

siguiente María Vedemedka, sabedora de que su amiga estaba de servicio en la corte, se dispuso a salir a la caída de la tarde del palacio.

La temperatura del invierno ruso es tan rigurosa, que obliga a todas las personas de la misma clase a vestirse aproximadamente del mismo modo, a envolver el cuerpo en una pelliza y a proteger la cabeza con una gorra de pieles, sujeta a la cabeza por un chal de seda o de lana, según la condición de la persona.

María Vedmedka, que vestida de esta suerte podía pasar muy bien por su amiga, llegó en poco tiempo a casa de Sofía. Subió la escalera con ligereza y entró sin dificultad en la reducida estancia, cuya puerta no estaba cerrada más que con un picaporte.

La mujer que Nadia había escogido para asistir a la enferma salió al encuentro de la visitante para ayudarla a quitarse la pelliza.

—Ya me la quitaré yo —dijo María en voz baja—, hoy dispongo de muy poco tiempo y he de pedirla un favor.

Y luego, entregándole a Sonia un rublo, añadió:

—Le agradeceré que mientras estoy con Sofía vaya usted a la farmacia para que le despachen esta receta que me ha entregado el médico para la enferma.

—¡Es raro! —dijo Sonia—. No hace mucho que ha venido el médico y no ha recetado nada.

Precisamente por eso —insistió María en voz baja—. Me lo he encontrado y le ha parecido conveniente cambiar de parecer.

—¡Está bien! voy en seguida —respondió Sonia envolviéndose en unchal—. La enferma descansa, pero se alegrará mucho de ver a usted.

Y salió:

—¡Por fin! —murmuró María.

La joven estaba amargada por un rencoroso sentimiento de envidia y de celos; pero, aun cuando excitada por el estímulo y el imperio continuo que sobre ella ejercía Godunov, había dado aquel paso a la fuerza y sentía que la mentira le quemaba los labios.

Sin embargo, ya se había comprometido y no podía retroceder hasta haber cumplido su palabra a todo trance.

Entró con paso ligero en el cuarto de Sofía. La enferma estaba en la cama, con los ojos vendados como le había dicho Godunov y el cuarto a media luz.

—¿Quién es? —preguntó Sofía al rumor de sus pasos.

—Soy yo —repuso María acercándose apresurada-

mente al lecho con voz dulce y cariñosa— ¿Cómo está usted?

—¡Ah! ¿Eres tú Nadia? —dijo Sofía extendiendo la mano y palpando la magnífica pelliza de María—. ¿Por qué te comprometes sin necesidad? ¿No viniste ayer?

—Hoy —repuso María, bajando mucho la voz y como si hablase al oído de Sofía— he venido por un asunto muy grave.

—¿Grave? —exclamó la enferma con un movimiento de dolorosa sorpresa—. ¿No han terminado aún las infamias y las iniquidades? ¿Qué peligro nos amenaza?

—Un peligro terrible —dijo María con la voz trémula y ronca, irreconocible a causa del esfuerzo que le costaba el horrible engaño que estaba a punto de cometer. La policía ha descubierto el escondite de Vera y de sus amigos y yo he de correr en el acto a advertirles que se pongan en salvo.

—Corre, no te detengas —gritó la enferma—. No hay tiempo que perder.

—Me voy —repuso María—. He querido antes advertirla a usted.

—Vete, vete, en seguida. De aquí a la casa de campo de Guthowsky la distancia es grande... Tú sabes dónde está, ¿no es cierto? En el parque de Párgolowo. ¡Corre, vete en seguida!

María ya no estaba allí. Apenas acababa de pronunciar la enferma las últimas palabras, desapareció velozmente por la escalera, trémula y turbada, no tanto por la importancia del secreto descubierto, como por la vileza de la acción que acababa de cometer.

Sonia, al volver, encontró llorando a la enferma.

—Ya sabe usted —la dijo— que el médico la ha prohibido llorar. ¿Dónde está la señorita?

—Ha salido, ha salido —murmuró Sofía trémula de emoción, rogándole al cielo fervorosamente en el fondo de su corazón que la librase de aquella terrible iniquidad.

Al día siguiente, Sofía no vio a nadie.

Al ir el médico, sorprendióse al ver sobre la mesita un nuevo colirio que él no había recetado.

—Es la receta —le respondió Sonia— que le dió usted anoche a la señorita que viene a visitar a la enferma.

—Yo no le he dado ninguna receta a nadie —dijo el médico moviendo la cabeza.

—Le ruego a usted, doctor, que haga memoria —insistió Sonia—. Anoche, esa señorita, vino con mucha prisa y me rogó que antes de quitarla la pelliza corriera a que me despacharan la receta que usted la había entregado.

—Y yo le digo a usted —replicó el doctor— que eso no puede ser. O es un error, o han sorprendido vuestra buena fe.

La enferma, que había oído este diálogo, se estremeció de los pies a la cabeza.

—¿Nuestra buena fe? —exclamó, recordando con terror las palabras pronunciadas aquella noche.

El doctor, que se dió cuenta de la impresión produ-

cida en el ánimo de las dos mujeres, quiso tranquilizarlas.

—Quizás —dijo al irse— sea yo víctima de algún olvido. Pero resolvió en su fuero interno preguntar a la persona que le pagaba generosamente sus visitas, cuando se la encontrase, por qué motivo había disminuido la confianza que tenía en él.

Al día siguiente se presentó Nadia.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la enferma acariandola—. ¿Has podido alejar el terrible peligro y advertir a Vera?

—¿Qué peligro? —preguntó sorprendida Nadia.

Entonces, Sofía, con voz entrecortada por los sollozos, que le arrancaban su desesperación, le contó con breves y concisas palabras a Nadia la trampa infernal en que la habían hecho caer.

Mientras se entregaba a los arrebatos de su dolor hallando en su fe religiosa un freno a la tentación de arrojarle por la ventana para castigarse a sí propia por su deplorable ingenuidad, Nadia, en una *troika*, volaba por el camino del bosque de Párgolowo murmurando para sí: ¿Llegaré a tiempo?

XI

Apocalipsis.

La misma noche del día en que Wassili había conversado con sus compañeros acerca de las invenciones abstrusas del profesor Guthowsky la reducida familia de la casa de campo se hallaba reunida en la mesa, ante los manjares confeccionados por la habilidad culinaria de Marta.

Hacía ya días que el profesor estaba más ceñudo que de costumbre. La campana que marcaba las horas reglamentarias de las comidas acostumbraba a sonar inútilmente, sin que el sabio acudiera a su llamamiento. Sin embargo, aquella noche compareció puntualmente.

Los tres revolucionarios habían convenido en penetrar aquella misma noche en el laboratorio del profesor y huir con el precioso secreto apenas se hubiesen apoderado de él.

—Hace ya mucho tiempo, profesor —comenzó a decir Vera— que mi hermano y yo abusamos de su generosa hospitalidad.

El profesor levantó la cabeza, mirando asombrado a Vera por encima de sus espejuelos.

Y es que el viejo sabio, sin familia, agotado y consumido por los experimentos biológicos, se había acostumbrado al semblante fresco, a la dulce y encantadora sonrisa, a la gracia y a la vivacidad de la joven. El no se hubiera imaginado nunca que aquel hábito de primavera sentimental que se había metido de improviso en su casa, en una cruda y desapacible noche de invierno, se le hubiese hecho tan necesario y que debía llegar el día en que por fin se lo arrebatasen. Pero frente a la realidad, el excéntrico profesor sintió confusamente todo esto en su alma cansada y vieja, creyendo casi que con Vera perdía a una hija buena y amable.

No le respondió. Mascullando algunas palabras inteligibles se encogió de hombros con impetuoso ademán.

—Ha llegado la hora —confirmó Shasky— de que

pongamos término a nuestra indiscreción y a su cortesía.

—¡Cállese! —exclamó bruscamente el profesor, muy satisfecho por poder desahogar en alguien su mal humor—. ¿Qué mosca le ha picado a usted?

Y luego, volviéndose hacia Vera, añadió con dulzura:

—¡Yo no echo a nadie de mi casa!

Temblábale la voz y le resplandecían los ojos. Luego, poniéndose en pie de un salto, exclamó con un fuerte vozarrón.

—¡Por lo demás, el que quiera irse que se vaya!

Y volviendo a encogerse de hombros con el mismo ademán brusco e impetuoso, salió bruscamente del comedor.

—¡Me gusta! —gruñó Marta—. Me lo han enojado hoy que estaba de mejor humor que de costumbre.

—¡Qué corazón de oro! —murmuró Vera, y sintió remordimientos por disponerse a engañar a un hombre que sentía por ella los afectos tiernos y delicados que el profesor acababa de demostrarla a su manera áspera y brusca.

Pero no era aquel el momento propicio y oportuno para prestar el oído a la voz del sentimiento. Probablemente la policía seguía ya sus huellas, y un solo minuto de vacilación podía causar la pérdida de los numerosos compañeros que habían depositado su confianza en ellos.

Wassili, después de haber tomado las medidas oportunas, siguió al profesor a su dormitorio. Marta y Vera retiráronse a los suyos, imitándolos también Shasky. Pasadas dos horas, la casa de campo quedó sumida en el más profundo silencio; apagáronse las luces, iluminando únicamente la obscuridad los resplandores de la estufa que Marta había llenado abundantemente de combustible para toda la noche.

Después de haberse cerciorado de que Marta dormía profundamente, Vera se levantó adoptando muchas precauciones; volvió a vestirse y salió de la habitación. Shasky y Wassili esperaban en el corredor.

—¿Duérme el profesor?

—Con un sueño regular y tranquilo. ¿Y Marta?

—También.

—¿Estamos listos?

—Sí.

—¡Pues vamos!

Y la pequeña comitiva se puso en movimiento a la luz de una linterna sorda que llevaba Wassili. Andando de puntillas, cautelosos y prudentes como malhechores, los tres cómplices bajaron a las cuerdas y penetraron en la habitación improvisada que comunicaba con el boquete abierto por Wassili en el laboratorio.

Cuando hubieron llegado a la tabla que debían quitar, sintieron una leve emoción. ¿Qué ignota verdad o qué prodigio inesperado iban a descubrir en aquel sitio que hacía ya tiempo era el objeto de sus ansias más ardientes?

Los corazones de Shasky y de Vera eran animosos y fuertes, estaban animados por fieros propósitos y avezados a las más amargas y terribles peripecias de la vida, y el mismo Wassili había dado pruebas de la entereza de su ánimo.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZÓN

HAROLD
GRAY

¡MIRA PELUCHO; DAN
CINCUENTA MIL PESETAS
POR UNOS LADRONES!
¡LAS COSAS QUE HABRÁN
HECHO!

50,000
PESETAS
DE PREMIO
A QUIÉN EN-
TREGUE EN
MANOS DE
LA AUTORI-
DAD A LOS
BANDIDOS
QUE ASAL-
TARON UN
TREN EN

¡Y PENSÁNDOLO BIEN, AL
PAR DE HACER UN BENE-
FICIO A LA HUMANIDAD...
... LAS COSAS QUE PO-
DRÍAMOS HACER NOS-
OTROS CON CINCUENTA
MIL PESETAS!



HAY QUIEN ASEGURA
QUE LOS CRIMINALES
NO HAN SALIDO DE LA
LOCALIDAD ¡UY, SEME
PONE LA CARNE DE GA-
LLINA SOLO DE PEN-
SARLO!



¡TENGO UNA SECRETA
CONFIANZA EN QUE EL
CRIMEN ESE NO QUE-
DARÁ IMPUNE!



¡POR ALLÍ VA "VENDIMIEZ"
ES UN SUJETO QUE ME IN-
FUNDE Poca CONFIANZA
AUNQUE TRABAJA EN LA
COMPANIA DE FERROCARRI-
LES! ¿A DONDE IRÁ?



¡CLARO QUE "VENDIMIEZ"
PROBÓ QUE SE HALLABA
EN OTRO SITIO, PERO LOS
CRIMINALES DEMOSTRA-
RON SABER LA COMBINA-
CIÓN DE LA CAJA DE CAU-
DALES Y "VENDIMIEZ" LA
SABETAM-
BIEN!



¡Y ÉL TAMBIÉN SABÍA
QUE AQUELLA NOCHE
SALÍA EL DINERO PUES
ESTUVO AYUDANDO AL
CAJERO!



¡PERO COMO NO PUE-
DO DEMOSTRAR NADA
ES MUCHO MÁS SEGU-
RO CALLARME AHORA
Y OBSERVAR!



¡HAY MUCHA GENTE QUE
PROTESTA DE QUE SE DE
MUCHA PUBLICIDAD A LOS
DELITOS, YO OPINO DE MA-
NERA DISTINTA PUES ASÍ
EL PÚBLI-
CO PUEDE
AYUDAR
ALA POLI-
CIA!



CUANDO SE TIENE AL-
GUNA DOLENCIA SE LO
REFERIMOS AL MÉDICO
Y A TODO EL QUE PUEDE
AYUDARNOS A ENCON-
TRAR ALIVIO....



..... DE LA MISMA MA-
NERA EN ESTOS CASOS
PUEDE HABER ALGUNA
PERSONA CUYO CONSEJO
SIRVA PARA DETENER A
LOS CRIMINALES



¡EN FIN VAMOS LO QUE
REFIEREN LOS PERIÓDI-
COS DEL ASUNTO!



¡DA HORROR PENSAR
QUE HAYA PERSONAS
QUE CAREZCAN DE TO-
DO SENTIMIENTO HUMA-
NITARIO!



(Continuación.)

El león, llegado junto al misionero, abrió su enorme boca, lanzando un ronco rugido que hizo retremblar los cobertizos y estremecerse a los cortesanos del Rey; levantóse luego sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras en los hombros del joven, abriendo las fauces en su misma cara. Argelli, petrificado de terror, no se atrevía a respirar. En su corazón rogaba por que su muerte fuese al menos rápida.

Un profundo silencio reinaba entre los cortesanos y los guardias, ignorantes todos ellos de las intenciones del cruel tirano.

De pronto el Rey lanzó un ligero silbido. El león se dejó caer de nuevo a tierra, fustigándose mansamente los flancos con la cola, y volvió a colocarse cerca del Rey, echándose a sus pies.

El misionero, que había soportado aquella terrible prueba sin lanzar el menor grito, al ver franco el camino avanzó hacia Teodoro y se detuvo a tres pasos de distancia, como exigía la etiqueta de corte, haciendo una profunda reverencia y diciendo con voz segura:

—¡Salve al Rey de Reyes!

El tirano se dignó responder con una sonrisa acompañada de ligera inclinación de cabeza; y luego, incorporándose bruscamente, le preguntó:

—¿Por qué, *frangi* (europeo), no has huído con los otros y te has atrevido a desobedecerme? ¿No sabes que estoy harto de vosotros, hábitos negros, y que he decretado vuestra muerte?

—No he tenido intención de desobedecer al Rey de Reyes —respondió el misionero—, y habría partido con los demás si alguien se hubiera encargado de mis

cincuenta huérfanos. Si quedasen abandonados, ¿qué sería de ellos, tan pequeños todavía y sin amparo alguno en el mundo?

—Los huérfanos que has recogido son hijos de traidores a quienes he castigado con la muerte, y quisiera verlos muertos también a ellos. Son viboreznos que algún día se harán serpientes y conspirarán contra mí, como quienes los engendraron.

—Te engañas, Rey de Reyes; son criaturas inocentes, que no tienen culpa alguna de los delitos verdaderos o falsos en que incurrieran sus padres —respondió el bravo joven con voz firme, que sonaba como un reproche contra el cruel monarca.

—Son súbditos míos, y a mí incumbe juzgarlos, no a ti —dijo el Rey con ira mal encubierta—; no he pensado dejarlos a tu cuidado.

»Y da gracias a Dios por haberme encontrado en un momento de buen humor; de otro modo, te hubiera hecho matar a palos, como a perro de esclavo.

»No por eso creas que has de quedar libre. Volverás a tu aldea, y allí esperarás mis órdenes.

—¡Soy un europeo, y estoy bajo la protección de las naciones civilizadas! Piensa en ello, Rey de Reyes, y no te expongas a los peligros de una invasión.

—¡Me río de las potencias europeas! —respondió Teodoro—. Están muy lejos para venir hasta Magdala. Y con imperioso gesto despidió al religioso.

Este salió del patio del palacio real sin atreverse a desafiar más aún la cólera de aquel monarca, que se arrogaba el derecho de vida y muerte sobre todos los súbditos suyos y los extranjeros residentes en su reino.



LE AMABAN MAS QUE SI FUESE SU PADRE.



Montó de nuevo en el mulo, a pesar de ser ya noche cerrada, y ocho soldados, con el *degiasmac*, le custodiaron para impedir que tomase el camino que conducía al Mar Rojo, en vez del que llevaba al pueblo.

El pobre misionero no estaba tranquilo ni se fiaba lo más mínimo de la magnanimidad del monarca, que algunas semanas antes había mandado matar a varios misioneros ingleses, dándoles palos en el vientre, y también a un gran número de sacerdotes abisinios.

Ya hacía dos horas que caminaban, bajando por los escarpados senderos de la meseta de Talanta, cuando un resplandor lejano atrajo su atención. Parecía una aldea ardiendo en la tenebrosa llanura.

—¿Qué es aquello que arde? —preguntó al *degiasmac*, que cabalgaba a su lado.

—¿Y qué sé yo? —respondió el abisinio con cruel sonrisa—. Ya lo sabremos cuando lleguemos al llano.

»Además, ¡es tan corriente que arda un poblacho!

Siguieron su camino, y a medida que avanzaban, las inquietudes del Padre Genaro iban en aumento, hasta convertirse en angustia, pues le pareció que aquellas lenguas de fuego se alzaban precisamente en el lugar donde se encontraba el pueblo que servía de albergue a sus míseros huerfanitos.

Preguntó de nuevo al *degiasmac*, y éste se limitó a encogerse de hombros.

A media noche, el grupo llegó al poblado. Un grito de horror se escapó de los labios del pobre misionero. Todas las cabañas y los cobertizos estaban reducidos a cenizas, y los pequeños habitantes habían desaparecido.

—Mira lo que te reservaba el Rey de Reyes —dijo el *degiasmac*, riendo a carcajadas—. Así aprenderás a no desobedecerle.

—¿Y mis niños? ¡Devolvedme siquiera a esos pobres inocentes! —gritó el religioso, sollozando.

—¡Ve a buscarlos, si es que queda alguno vivo!

—¡Infames! ¡Sois peores que tigres!

El *degiasmac* hizo un gesto de indiferencia y se alejó, diciendo:

—Te advierto que si sales del territorio de tu misión, los soldados encargados de vigilarte tienen orden de disparar contra ti. ¡Adiós, *frangi*, y ten cuidado!

El misionero, transido de dolor, se dejó caer al suelo, cerca de unos restos de cabaña, llorando desconsolado, mientras los abisinios se alejaban riendo y vociferando.

Toda la noche se la pasó el pobre misionero entre sollozos, y el alba le encontró en el mismo sitio.

Con un esfuerzo supremo se levantó para recorrer las ruinas de aquella misión, esperando encontrar entre las cenizas los restos de sus adorados pequeños, pues las crueles palabras del *degiasmac* no le habían dejado duda respecto al desventurado fin de aquellos inocentes.

Del poblado, un día floreciente y risueño, no quedaban más que algunos fragmentos de casas, escapados por milagro a las llamas.

De los inmensos cobertizos que servían de almacén y estaban abarrotados de *durah* (especie de cereal), nada quedaba. Seguramente los habrían saqueado primero, por orden del emperador, y destruido luego para borrar toda huella de tan cobarde hurto, indigno de

un monarca tan poderoso y rico.

Había rebuscado ya varias veces entre las cenizas, sin hallar indicio alguno que confirmase el exterminio de aquellos cincuenta muchachos, cuando descubrió, acurrucado bajo el techo medio consumido de una cabaña, a un chicuelo de doce años, que pasaba por uno de los más listos e inteligentes de su escuela.

(Continuará en el número próximo.)



EL EMPERADOR TE ESPERA



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



GRAN PELUQUERIA
"EL RICITO DE ORO"
CURRINCHE Y DON TURULATO S.A.

Secorta
se
RIZA
y se
ondula
el pelo
AL POR
MAYOR
Y
MENOR

CORTES
DE PELO
A
PLAZOS
ESPECIAL-
LIDADEN
MANOLOS
Y
GARÇONES



AQUI NO ENTRA NI UNA RATA, CU-
RRINCHE. HAY QUE PENSAR EN
ALGO MUY SERIO



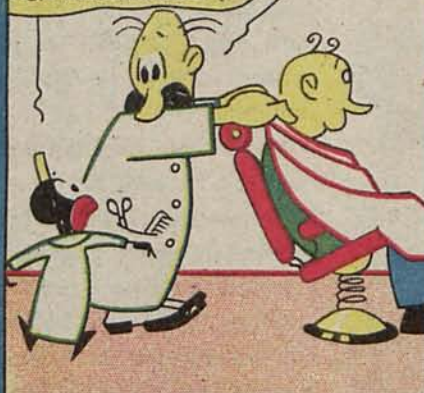
SI, SEÑOR, EN
ALGO MUY SERIO

¡PASEN, SEÑORES, ADELANTE!
¡APROVECHEN LA OCASION Y
PÉLENSE! ¡PRECIOS BARATÍSIMOS!
¡HOY SALDO VERDAD!



CORTES
DE PELO
A
PLAZOS
ESPECIAL-
LIDAD EN
MANOLOS
Y
GARÇONES

¡A VER, CHICO, TRAE EN SEGUIDA
AGUA PARA AFEITAR A ESTE SEÑOR!
¿LA QUIERE SOLA O
CON AZUCARILLO?



¡A VER CHICO! ¡TRAE EN SEGUI-
DA EL FRASCO DE LILAS PARA
DARLE UNA FRICCIÓN A ESTE
CABALLERO



ESTO DESPEJA MUY BIEN LA CA-
BEZA ¿SABE USTED?

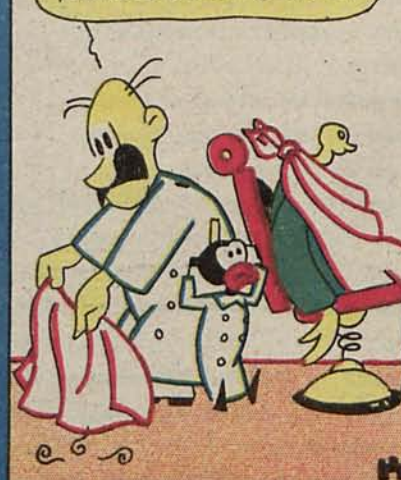


¡AH SI? PUES FROTE BIEN

¡A VER, CHICO, ECHA AQUÍ UNA
MANO!

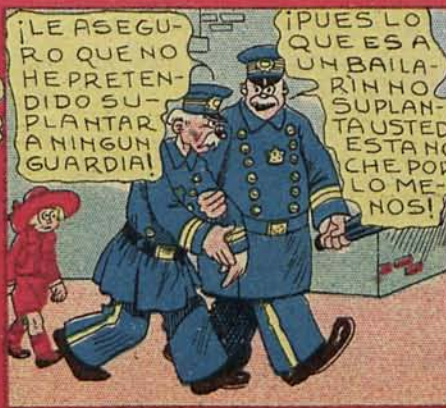


¡SERVIDOR DE USTED!





COLORÍN y su PANDILLA



BRANNER

CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LA PRINCESA FREGONA



CIERTO Rey tenía una hija hermosísima, pero altiva y orgullosa.

Llegado el momento de casarse, el Rey dispuso una gran fiesta en su palacio para que su hija eligiese esposo.

Los pretendientes se colocaron en el salón según su rango: primero los Reyes, después los Príncipes, luego los Duques, los Marqueses y los Condes. La Princesa paseó con altiva majestad por delante de todos, y todos sufrieron sus burlas.

A un Príncipe que era gordo, lo llamó tonel.

A otro que era alto y flaco, le dijo que parecía un pendón.

A un Duque muy pequeño, le dijo que parecía un perro en cuclillas.

Y al pasar ante un Rey que tenía aguileña la nariz, dijo:

—No es feo, pero parece que tiene pico de cuervo.

Y soltando una carcajada, siguió andando. Y así desechó uno tras otro a todos los aspirantes. Irritado el Rey dijo que la Princesa se casaría con el primer mendigo que se presentara a las puertas de Palacio. Al poco rato llegó un pobre tocando un organillo y con la ropa destrozada, y le dijo el

—Te concedo la mano de mi hija.

En vano la Princesa lloró y rogó.

—Un Rey no se desdice —dijo el Rey a la Princesa—. Ya que tu soberbia desprecia a los Reyes más valientes y a los Príncipes más nobles, te casarás con ese hombre humilde.

Se realizó el casamiento, y el Rey dijo a su hija:

—Estás aquí demás; ya no tienes nada que hacer en Palacio; tu deber es seguir a tu marido: conque buen viaje.

La Princesa caminaba detrás de su consorte llorando desconsolada.

Marido y mujer pasaron por una selva magnífica.

—¿De quién son estas riquezas?—preguntó ella.

—Son del Rey Cuervo.

—¡Ay, qué mal hice en no casarme con él!

Poco después pasaron cerca de una gran ciudad.

—¡Hermosa población! ¿De quién es?

—Del Rey Cuervo.

—¡Por qué no soy su esposa!—dijo entre dientes la cuitada.

Pero el mendigo había oído todas las quejas que la bella Princesa murmuraba, y dijo con aspereza:

—Escucha, no me hace gracia tanto acordarte del Rey Cuervo; si no le diste tu mano, ten paciencia. Ahora soy yo tu marido, y tus lamentos me

desagradan mucho. Harás bien en resignarte a tu suerte y en no fastidiarme más.

Por último llegaron a una choza de miserable apariencia. El mendigo hizo alto.

—¿Dónde estamos?—interrogó la Princesa.

—En nuestra casa —respondió el mendigo—: yo no tengo criados; hasta el presente me he servido a mí mismo; de ahora en adelante me servirá mi mujer... Vaya, enciende la lumbre y pon a hervir el agua para que hagas la cena, que tengo mucha hambre.





La Princesa no había trabajado nunca y no sabía ni por dónde empezar. Cenaron muy mal y se acostaron.

Al despuntar el día sacudió el mendigo a la Princesa, diciéndole:

—Levántate y barre la casa.

Al día siguiente le dijo su marido:

—No tenemos dinero y tenemos que trabajar. Yo me vuelvo a pedir limosna tocando el organillo, y tú, como eres tan inútil que no vales para nada, venderás loza ordinaria en el mercado.

Y cata a la Princesa vendiendo loza en medio de la calle y sentada en una mala silla.

De pronto apareció un húsar a caballo y estropeó toda la loza.

La Princesa refirió a su marido lo que había pasado, y el mendigo la dijo:

—Desde mañana vas a guardar los pavos del Rey Cuervo.

Al oír del Rey Cuervo, suspiró la Princesa, pensando que pudo ser Reina e iba a ser pastora.

Al día siguiente muy temprano tuvo que encargarse de custodiar una gran manada de pavos y llevarlos por el monte.

Estando allí apareció un cazador, y cogiendo el pavo más grande echó a correr, sin hacer caso de los lamentos y gritos de la Princesa.

Cuando ésta volvió a su casa, su marido la reprendió por haberse dejado robar.

—Ya me figuraba yo que no servirías ni aun para eso —la dijo su marido—. Ahora vas a Palacio a fregar el suelo de la cocina. Por lo pronto te darán de comer en pago de tu trabajo, pero será menester que de tu ración apartes para mí.

Y la Princesa se puso debajo del de-

lantal dos escudillas, atadas a la cintura, para guardar la parte de su ración destinada a su marido.

Tes semanas después hubo gran fiesta en Palacio, y la moza de cocina llegó de puntillas detrás de la puerta del salón.

De pronto un Príncipe se dirigió a la moza de cocina y la sacó a bailar. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando reconoció al Rey Cuervo!

Ella quiso huir, pero se le cayeron las escudillas donde guardaba la comida para su marido, y se quedó aturrida; los concurrentes se echaron a reír, y ella, más colorada que un tomate, se puso a llorar.

El Rey Cuervo la consoló, y la dijo:

—Ya está bien castigada vuestra soberbia. Miradme bien: soy vuestro esposo.

La Princesa, asombrada y feliz, no daba crédito a sus ojos al darse cuenta de que su marido el mendigo y el Rey Cuervo eran la misma persona.

El Rey entonces le explicó lo sucedido. Cuando el padre de la Princesa dijo que la casaría con el primer mendigo que llamase a la puerta del Palacio, lo hizo de acuerdo con el Rey Cuervo, que corrió a disfrazarse de mendigo. Y el mismo Rey Cuervo había sido el húsar que rompió la loza y el cazador que se llevó el pavo.

—Castigado vuestro orgullo —dijo por fin el Rey Cuervo—, ahora mismo vais a ser proclamada esposa mía y Reina de este pueblo.

Y entró en el salón llevándola del brazo y presentándola a sus cortesanos.

Al día siguiente se festejó con gran pompa el enlace del Rey Cuervo, y la Princesa fué desde aquel día amable y cariñosa para todos.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Lo que tú quieras, mi querido buho. Ya sabes que todos los temas que tú escoges me interesan mucho. A veces me has dejado sorprendido charlándome de cosas vulgares, de cosas que a primera vista parecía que no habían de tener interés alguno, y, sin embargo, ¡cuántas y cuántas revelaciones me has hecho, verdaderamente asombrosas! Háblame de lo que tú quieras, que aquí me tienes convertido todo en oídos.

—Pues voy a hablarte de un asunto, quizá el más vulgar de todos los que nos hemos ocupado hasta ahora. ¿Sabes cómo se fabrican los utensilios de loza?

—No lo sé.

Ya ves si es vulgar un plato, una taza, un jarro.

—Vulgarísimos.

—Y, sin embargo, no sabes cómo se fabrican.

—Para eso está tu sabiduría y tu bondad. Para sacarme de esta ignorancia. Poco a poco iré aprendiendo muchas cosas de las que tú sabes, y día llegará en que quién sabe si seré tan sabio como tú.

—Muchas, muchas cosas tendrás que aprender para llegar a la altura de mi sabiduría; pero si pones atención en estas charlas, quién sabe hasta dónde puede llegar un Chonón como tú. En fin, hablemos de la loza, que es el tema. La loza se obtiene de una mezcla de varias sustancias naturales. El caolín, los huesos calcinados, la arcilla y la sílice dan una loza de excelente calidad.

—No sé lo que es el caolín, querido buho.

—Es una arcilla blanca muy pura, limpia de toda mezcla con otras sustancias terrosas y que procede de la pulverización de las rocas de granito. Las sustancias que te he dicho antes se mezclan con agua y se amasan hasta formar una pasta. Con ella tiene que trabajar el operario, llamado *alfarero*, y en este trabajo puede lucir sus facultades de artista.

—Estamos de acuerdo, mi querido buho. Yo he visto jarrones de loza que son verdaderas maravillas de arte. Algunos de gran tamaño y de precio tan enorme, que por él he juzgado del mérito de su trabajo.

—Yo me refiero, amigo Chonón, a la forma que el alfarero ha de dar a las vasijas, y que es donde sus manos pueden lucir su especialidad. Sin duda alguna tú recordarás el decorado policromado de muchos jarrones, ánforas, tazas, platos, etc.

—Eso mismo es lo que recuerdo. ¿No están hechos también con loza?

—Indudablemente; pero estas operaciones de decorado no las hace el alfarero. Por hoy limitaré mi charla a los vulgares utensilios de loza. Otro día ya te hablaré de los objetos de loza fabricados con una finalidad artística y decorativa.

—Como tú quieras.

—La pasta obtenida de la mezcla de la arcilla con las otras sustancias se deposita sobre un disco de hierro, llamado torno, que gira en sentido horizontal y cuya velocidad se regula por medio de un freno de pie. Al dar vueltas el torno y con él la pasta, entra en juego la habilidad del operario, quien ya con las manos, ya con instrumentos adecuados, va modelando la pasta, y gradualmente ésta se va convirtiendo en una taza, en un jarro, en un plato, en

una sopera, etc., etc. Se empieza a modelar por la base, después las paredes y, por último, la boca del utensilio. En este modelado queda ya hecho el cacharro con su verdadera forma y espesor.

—¿Y ya está hecho?

—El objeto ya está hecho; pero ahora hay que darle consistencia para que no se desmorone, para que no se rompa sino dándole un fuerte golpe.

—De esos golpes que la cocinera de mi casa sabe dar tan perfectamente bien. No le falla ni uno. Golpe que ella da, cacharro que se hace añicos. La pobre se da una maña como pocas. Es un *hacha* rompiendo loza.

—¡Vamos, Chononcito, que tú también habrás roto cacharros en esta vida!

—Hombre, claro que sí; pero no tantos como ella, ni mucho menos.

—Tampoco andas tanto con los platos como anda ella. ¿No te parece?

—Tienes razón. Bueno, sigue adelante.

—Una vez moldeado el utensilio se somete a la acción del calor moderado de una estufa; luego se mete en un horno, donde ha de permanecer durante cuarenta horas a una temperatura muy elevada. Después se deja enfriar el horno y ya tenemos los cacharros endurecidos y resistentes. He debido decirte que cuando el horno está incandescente se echa sobre los utensilios que están sometidos a la acción del fuego bastante cantidad de sal común.

—¿De sal común? ¿De esa sal que se echa en las ensaladas?

—De esa precisamente.

—Nunca se me ha ocurrido probar un cacharro de loza; pero me parece, amigo buho, que no deben de estar salados, porque entonces las cosas que se echan en ellos se salarían también.

—En este caso la sal no tiene por objeto dar gusto salado a la loza. Su objeto es otro bien distinto. Esta sal, por efecto del calor, se convierte en vapor, que al condensarse se deposita sobre los objetos, en forma de capa de barniz.

—Es curiosísimo, buho. Yo no hubiese sospechado nunca que la sal pudiera servir para barnizar nada. Y esos dibujos caprichosos que tienen muchas tazas y muchos platos, ¿cómo se hacen?

—Por regla general, con calcomanías; pero las vajillas de porcelana fina son decoradas a mano.

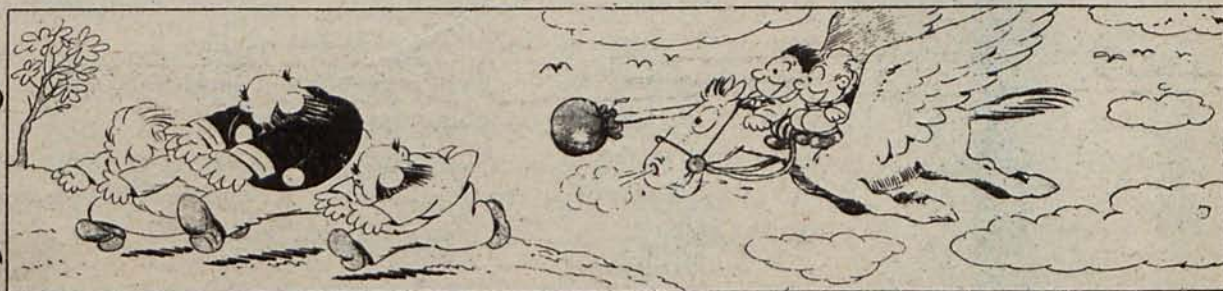
—También serán más caras.

Ya puedes comprender que cuanto más complicada sea la mano de obra en un trabajo, tanto mayor será su precio.

—También he visto muchos objetos de loza que tienen un brillo como si fuese cristal. Seguramente que este brillo no podrá darse con la sal común.

—Esa loza vidriada a que tú te refieres se sumerge en un barniz líquido, y después de bien escurrida se cuece nuevamente. El barnizado por medio de sal se emplea nada más que para los objetos muy ordinarios. También requiere operaciones mucho más complicadas la fabricación de objetos de cerámica y de porcelana fina. Otro día ya hablaremos de ello, porque es un tema muy curioso. Por hoy hemos agotado el tiempo de nuestra charla. Si te parece, vamos a dar un paseito ahora que ya se ha puesto el sol.

Me parece admirablemente, querido buho.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS TRES DOGOS

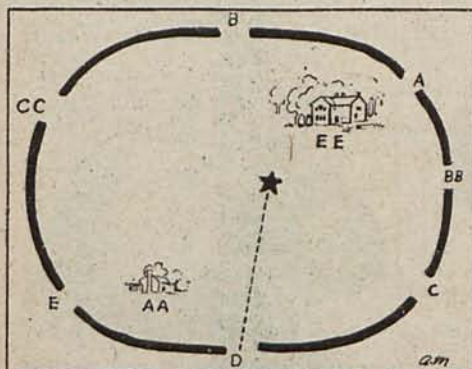


Erase una alquería, en la que siempre había en la puerta tres enormes dogos. Eran éstos tres grandes perrazos, que nada más el verlos infundía terror. Desde que estos perros estaban en aquella casa nadie se atrevía a pasar por el camino.

Cierto día tuvo que cruzar por delante de la puerta un gatito muy mono, que iba al mercado, y tan pronto como los perros lo vieron, ¡zás!, se lo zamparon.

Al día siguiente la madre del gatito y una ratita, que, por cierto, cosa rara, se llevaban muy bien, se vistieron de personas y pasaron por delante de la puerta sin ser molestados por los perros, pues se creyeron que era una madre con su hija. Los perros, como veis, eran muy fieras, pero muy tontos. ¿Dónde están escondidos?

MUERTE MISTERIOSA



El dibujo representa un parque, en el cual hay una casa de campo, EE, y la casa del guarda, AA. Este parque está circundado por una tapia, que tiene siete entradas, marcadas con las letras A, BB, C, D, E, CC y B.

Una noche un hombre se dirigía de D a A, y fué hallado a la mañana siguiente muerto en el lugar señalado con una estrella. El re-

corrido que hizo está marcado con una línea de puntos. Después pasó el dueño de la finca de E a EE, acostándose antes de la media noche. El guarda de la casa hizo el recorrido de A a AA. Un desconocido recorrió de B a BB, y aún hubo otro que recorrió de C a CC. Lo extraño del caso es que aquella noche cayó una gran nevada y ninguna pisada se cruzaba.

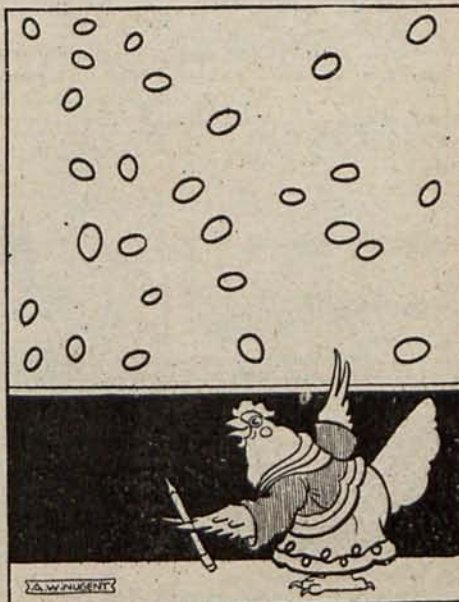
Con estos datos un detective pudo averiguar cuál fué el hombre que pasó más cerca del lugar donde fué hallado el muerto y, por lo tanto, el probable asesino.

LA GALLINA Y LOS HUEVOS

Esta gallina vió un día en su corral un PINOCHO y se dijo:

—Yo también voy a hacer un problemita. E hizo el siguiente:

Puso 28 huevos y trazó tres líneas rectas, construyendo siete departamentos. En uno colocó un huevo, en otro, 2; en otro, 3; en otro, 4; en otro, 5; en otro, 6. y en otro 7. ¿Cómo lo hizo?



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SETIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un avión.
ANTONIO WALDE.



Una niña.
ROSARIO LOSADA.



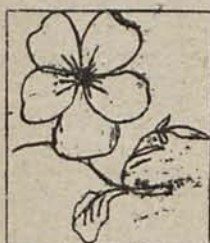
Currinche.
MARÍA VICTORIA.



Paisaje marino.
LUIS VIDAL RIBAS.



Mi aeroplano.
ERNESTITO ORELLANA.



El pensamiento de Pirula.
ELVIRA SERRANO.



Retrato.
LUIS SANZ PÉREZ.



Un cazador.
JUAN REIS.



El Plas Ultra en un amanecer.
MANUEL G. BADA.



Mi amigo Lorenzo.
PAQUITO SANZ.



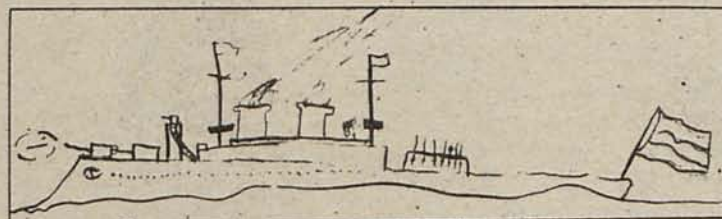
Un trasatlántico.
RAIMUNDO P. DE GRACIA.



La «coci».
R. JARAQUEMADA.



Tres amiguitas.
MERCEDES LAIRADO.



Un acorazado.

JUANITO DE LA SERNA.



Un escudo.
PEPÍN CASTELLANOS.



Valderrama.
ANTONIO ESQUIVIAS.



Morronguis.
JOSÉ M. A. CASCOS.



Mi casita de campo.
J. A. HERRERO.



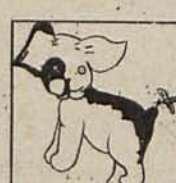
Mi novia.
CONSTANTINO EGÜEN.



Don Turu, fotógrafo.
EDUARDO SÁNCHEZ.



Don Turu y Currinche.
P. SAÑUDO.



Mi perro Calzonete.
OSCAR COLLADO.



Rica pera.
CARMEN MADARRO.



Un guardacostas.
PAQUITO SORIANO.



¡Vaya pelotazo!
MANUEL GONZÁLEZ.



Dick Turpin.
LUIS GUERRERO.



Un escarabajo.
JESUSA MORALES.



Un viejo.
RAFAEL LLEVATA.



Un futbolista.
SALVADOR CUENCA.



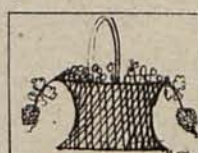
En el mar.
MANUEL LUNA.



Un acorazado.
MANUEL GARCÍA.



Mi cebra.
MERCEDES TEJEDOR.



Cesta de fruta.
CARMEN MADARRO.



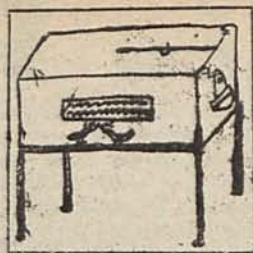
Mi gato.
M. ANGEL CASTIELLANOS.



A Pinocho.
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.



Sitting Bull tirando el lazo.
ERNESTO SAN PEDRO.



Una incubadora.
FERNANDO PASTRANA.



Atracador.
RAFAEL LLEVATA.



Vendedor de huevos y pollos.
OCTAVIO GONZÁLEZ.



Pinocho, boxeador.
LUIS CALLEJA

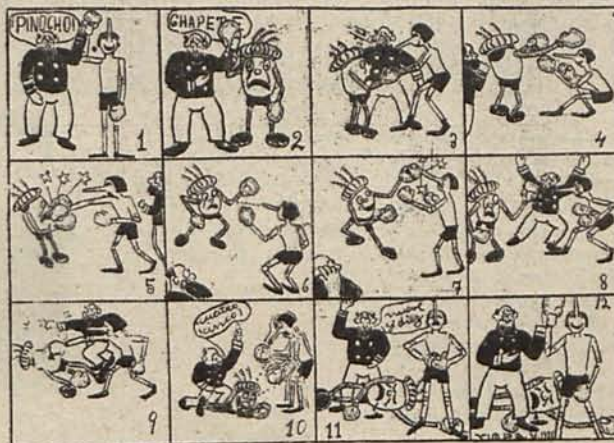
HISTORIETA



Bibita.
MERCEDITAS REV.



La herencia de Saltasillas.
LUIS GUERRERO.



Pinocho, en un periquete, pone k. o. a Chapete.
ISIDRO GARCÍA (XIMPA V).



El castillo de Pinocho.
JOSÉ LA ISLA MANA.



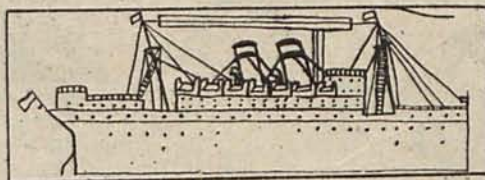
Un bandolero.
JOSÉ M. MARTÍN LLANOS.



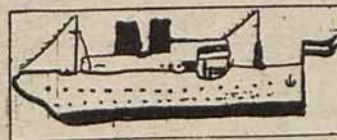
Un toro.
CARMEN MIRALLES.



Mi caballo.
JOAQUÍN MIRALLES.



Un vapor.
ELVIRA CONDES.



La motonave infanta Beatriz.
FERNANDO PASTRANA.



La madrina de Tin y Ton.
L. A. NIETO.



La casa de mi abuelo.
MANOLO MÉNDEZ.



Chapete.
CRUZ PASTRANA.



Morranguis.
M. LACASA.



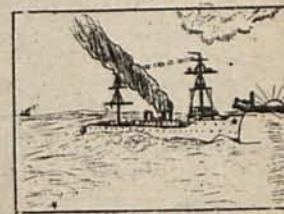
Pepona.
CLEMENCIA DAMIÁN.



Molino de viento.
F. P.



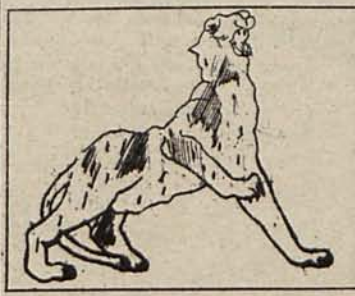
Mi amiga Pirula.
M.ª TERESA LA-CROIX.



Un crucero.
CARLOS A. DE SOTOMAYOR.



¿Dónde va con su nuevo aparato?
JOSÉ PEINADO.



Un jaguar.
LUIS ANDRÉS RODRÍGUEZ.



Ayer me caí de una escalera de seis metros de alta.
—¿Y cómo no te hiciste nada?
—Porque estaba en el primer peldaño.
JOSÉ NOGUÉS.



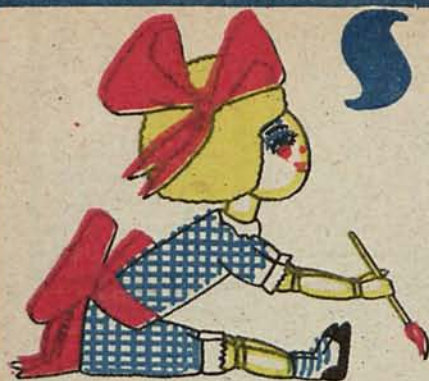
Un aldeano.
J. ANTONIO URGOTIA.



Actores de PINOCHO.
MIGUEL ALMIÉRANA.

SECCIÓN PIRULA

PIRULA MODISTA



De dos trajes, uno.—

No, no hay para apurarse, porque la destrozona Lily haya puesto fuera de combate dos de sus vestidos de verano, a estas alturas de la temporada, cuando ya se ave-

cina la vuelta del veraneo y el reingreso a clase, y ya no es tiempo de hacer gastos para renovar el guardarropa veraniego.

¿Que uno de los vestidos es de una excelente seda cruda y el otro de linda cretona estampada? Pues, mejor que mejor; en lugar de dos trajes viejos, tendrá Lily uno nuevo.

Nada más fácil que este arreglo que se presta a infinitas combinaciones, bonitas casi siempre, variables hasta el infinito y de las cuales os presento en esta página algunos modelos.

Si de los dos vestidos el que está en peor estado es el de tela lisa, el nuevo será casi enteramente de cretona, sustituyendo solamente los trozos deteriorados; por ejemplo, como en el modelo número 1, en que la seda cruda se coloca en tiras adornadas con rondones de cretona, a modo de anchos bodeques, multicolores.

O como en el número 2 en que sólo es de tela lisa el canesú.

O como en el número 3, en que la tela lisa sustituye al cuello y una franja en la parte inferior de la falda.

Si, por el contrario, el más deteriorado de los dos vestidos es el de seda lisa, la cretona puede disponerse de la manera original que aparece en el modelo número 4 ó en el número 5.

En fin, si el deterioro viene a ser equivalente en los dos trajes y disponemos de igual cantidad de tela lisa y de tela estampada, elegiremos el modelo número 6, compuesto por cuerpo de tela lisa, adornado con cretona y al cual va pegada, formando ondas, una falda de cretona con franja lisa. ¿Necesito añadir que estas mismas combinaciones resultan inestimables si se quiere confeccionar con dos retalitos de tela un vestido sumamente económico?...

ANÉCDOTAS DE PIRULA

La enfermedad de Alejandro Dumas.—Sin duda, sabéis que Alejandro Dumas era un escritor francés que vivió en el siglo pasado y que ha dejado muchas novelas famosas, entre las cuales habréis oído nombrar (y aun me sospecho



que debéis haberla leído) la titulada *Los tres mosqueteros*.

Mejor dicho, Alejandro Dumas eran dos escritores, pues el autor de *Los tres mosqueteros* tuvo un hijo,

que también se llamaba Alejandro y también fué escritor; pero éste, en lugar de novelas, escribió, sobre todo, obras de teatro.

El caso es que los señores Dumas han dado un buen mentis a la creencia de que «de padres listos, hijos tontos», o viceversa. Pero ahora no se trata de eso.

Se trata de que Alejandro Dumas (el padre) era un señor gordo, simpático y suma-

mente tragón. Tanto y tan buenas cosas comía, que le dolía con frecuencia el estómago, y él se metió en la cabeza que debía de padecer alguna terrible enfermedad.

Con esta idea se fué a ver a un gran médico, muy amigo suyo, y le expuso sus temores.

El doctor le interrogó, le examinó y le auscultó con gran detenimiento y así no le fué difícil comprender que tenía ante él a un enfermo imaginario. Y se le ocurrió un truco admirable para curar a su amigo, no de la enfermedad que no existía, pero sí de sus temores.

Muy serio se sentó ante su mesa, cogió una hoja de papel, mojó en el tintero su buena pluma de ave y redactó una ordenanza que decía así:

«Durante ocho días tomar en cada comida un gran plato de estofado con patatas y un vaso de vino tinto».

Alejandro Dumas se marchó muy satisfecho con su receta y obedeció al pie de la letra.

Al cabo de ocho



días volvió a la casa de su amigo.

—¿Qué, cómo te encuentras ahora? —preguntó el médico.

—Te diré... no me encuentro mucho mejor.

—Bien; pero... ¿te encuentras peor?

—Tampoco; la verdad es que me encuentro exactamente igual que hace ocho días.

—Pues entonces, amigo Dumas —exclamó el médico, lanzando una carcajada sonora—, si después de seguir el régimen que te he mandado no te encuentras peor, puedes jactarte de que tienes un estómago a prueba de bomba.

Parece ser que el autor de *El conde de Monte-Cristo* y de *La torre de Nesle* no volvió en su vida a consultar a su amigo... por lo menos respecto a su estómago.

Las apariencias engañan.—Y va de cuento. Una vez Dumas (esto le pasó al hijo) manifestó a su médico deseos de comer con un loco.

El doctor invitó a comer a Dumas, y este ilustre escritor se sentó a la mesa del célebre doctor en compañía de dos desconocidos.

Uno, vestido de negro, muy correcto, comió y bebió sin decir ni una palabra.

El otro, en cambio, con el pelo desordenado, vestido de azul, se servía, bebía, comía y hablaba al mismo tiempo. Pero hablaba hasta por los codos, contando cosas y más cosas.

Al acabar la comida, dijo Dumas a su médico:

—Estoy encantado. Su loco me ha divertido mucho.

—¡Pero si el loco no es ése, sino el otro!

—¿El que no decía nada?

—Ése mismo.

